

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Monzola y Garcia. Mayor 24. Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Martes 26 de Marzo.

El Eco de Cartagena

EL ATENEO LIBRE DE CATALUÑA

Hace como unos tres meses, que todos los periódicos de Cataluña y aun algunos de Madrid y provincias se ocupan con elogio, de la idea, que algunas personas distinguidas de esta ciudad, acariciaban de fundar un «Ateneo libre», que sirviese de imparcial palestra para el combate de todas las ideas que hoy se disputan el esclarecimiento de la verdad.

El solo título de esa asociación, era ya más que suficiente motivo, para llamar la atención pública, y mucho más, cuando la creación de ese centro, obedecía á las causas que han motivado la fundación de la sociedad, de que hoy nos ocupamos.

Barcelona, una de las ciudades más cultas de España, por ser una de las que más participan del movimiento científico moderno, sea por su posición geográfica, recostada bajo los Pirineos, sea por el carácter estudioso y emprendedor de sus habitantes; sostenía hasta el día un solo centro, que fuese libre palenque de todas las ideas. En este siglo de lo relativo, Barcelona, sólo contaba con un Ateneo, rico, sí, en numerario, pero pobre, muy pobre, respecto á miras científicas, verdadero antro tenebroso de lo absoluto, mandarinizado, por ciertas eminencias, aparentemente de colosal altura, por que la vista, no se había atrevido jamás á medirlas, y á las cuales, pudiera muy bien aplicarse el epígrafe de un periódico francés de la época del 93: «Los grandes sólo nos parecen grandes, porque estamos ante ellos de rodillas.»

Todo los periódicos locales, de algunt tiempo á esta parte, unos están llenos de acerbos y justísimas quejas dirigidas contra esa corporación que en su locura, imaginosa, ella sola, encadenar la conciencia, encauzar el pensamiento, sin comprender que no hay barrera por poderosa que sea, que baste á contener su marcha; sin

conocer que por las rendijas de los calabozos se exhala, como maná espiritual, se levanta amenazador de la hoguera del tormento, le imprime con caracteres indelebles, en el hierro de la mordaza, el helado aliento del infeliz mártir, que con su sangre fecundiza el campo de la idea, aurora inmortal siempre renaciente cual el fénix, de sus propias cenizas.

Unos cuantos espíritus nobles, de esos que jamás se abaten en la desgracia, sino que por el contrario, sacan de ella nuevas fuerzas, que les suministra la experiencia, comprendieron la magnitud del mal y trataron de aplicarle pronto y eficaz remedio. Sin duda, debían conocer perfectamente, aquella máxima de Mirabeau; «un cuerpo gangrenado, no puede ser curado llaga por llaga, sino que necesita una transfusión de sangre nueva,» cuando no trataron como se lo aconsejaban algunos amigos, de predominar en el Ateneo Barcelonés, lo cual era bastante difícil, ya que no completamente imposible sino, que, atendiendo á la curación radical del mal, determinaron crear un «Ateneo Libre» en el que todo fuese nuevo, todo, hasta las piedras que habían de formar el edificio, si fuera posible; pues es tal la asquerosa mancha, que ciertas tendencias imprimen á todo cuanto tocan, que era de temer que aquella emponzoñada atmósfera que se respiraba en el «Ateneo Barcelonés,» se infiltrase por los intersticios de las piedras.

Grandes obstáculos, habrán tenido que vencer los iniciadores de la idea, para realizar tamaña empresa, pero al fin el éxito ha coronado su obra.

La sesión inaugural del «Ateneo libre,» dice muy alto, cuanto pueden dar de sí la constancia y la fé del porvenir, puestas al servicio de muchos, amantes sinceros de la libertad y de la ciencia.

El día 20 de Marzo, primero de la primavera, cuando las plantas animadas de nueva sábia, despliegan las sonrosadas corolas de sus flores, abrió el «Ateneo Libre» sus puertas á la discusión é inauguró sus tareas. La noche era bellísima, un

firmamento sin nubes, esmaltado de brillantes estrellas cobijaba á la ciudad condal y parecía que no podía suceder de otro modo. Entre todas nuestras acciones y el estado de anaturalidad, parece como que existe una misteriosa relación que hace que reflejen en nuestros actos la calma ó tempestad de los elementos. Dice un historiador, que cuando se proclamó la República Romana, parecía como que los cielos sonreían satisfechos; cuando Colon, desde su carabela dió el grito de «¡Tierra! ¡Tierra!» aparecía el sol, cual si quisiese con sus puros rayos iluminar el triunfo del intrépido genovés; el general Prim fué asesinado una noche oscura y fría como la traición, y es porque el malvado, el que siente en su conciencia el aguijón del remordimiento, obra, recatándose en las sombras, y el que vive en paz con su conciencia, el que está satisfecho de haber llenado su misión, busca la claridad del día, apecece la calma de la naturaleza que acrecienta el brillo de sus actos.

Numerosa y escogida concurrencia llenaba el salón de conferencias del Ateneo libre, el día 20 á las nueve de la noche. Ocupaba la presidencia el Excmo. Sr. Capitan general, teniendo á su derecha, al presidente de la asociación, D. Juan Giner y Pastagas, y á su izquierda al vice-presidente de la misma D. Fermín Villamil.

Abierta la sesión á las nueve en punto el Sr. Secretario D. Valentin Almirall, dió lectura á una Memoria escrita con nervio, elegancia, y esmaltada de profundos pensamientos.

En dicha Memoria, espresó con gran claridad, las aspiraciones y el verdadero fin del Ateneo, que no es otro, que la propagación de la ciencia libre, esto es: sin trabas, sin distinciones, no cohibida por añejas preocupaciones teológicas y sin preocuparse de si destruye ó nó, dogmas infundados, que se tuvieron por verdades inconcusas. Dijo también en un brillante período, que sentimos no poder transcribir, que si el verdadero espíritu científico, no se con-

quista más adeptos, es porque hasta ahora, los que participan de ese movimiento, se han contentado con atacar á sus enemigos, y que ha llegado para nosotros el momento de afirmar con energía y sin recelos las verdades de la ciencia. Nosotros somos la mayoría y ellos, añadió, son la oposición, á ellos pues toca ahora combatirnos, mientras nosotros obramos.

La Memoria del Sr. Almirall, verdaderamente notable, tanto por su forma, como por su fondo, fué interrumpida varias veces, con vivas muestras de aprobación, y obtuvo al terminar una merecida salva de aplausos.

Seguidamente el Sr. D. Juan Giner y Pastagas, Presidente del Ateneo, dió lectura á un extenso discurso, inspirado en los más altos principios de la ciencia moderna, escrito en estilo elegante y lleno de atrevidas imágenes, aunque algunas veces un poco demasiado técnico. El tema que desarrolló, el distinguido catadrático de medicina fué el siguiente: «El índice higiénico, revela el estado moral é intelectual de un pueblo.» En el trascurso de su tema, que sería imposible extractar, tal es la abundancia de sólidos principios de que está henchido su discurso, combatió con mano firme y razonamientos convincentes las «causas finales» que con tanto acierto combatió siempre el inmortal Goethe. Definió la civilización según la naturaleza de los factores que la componen; combatió el individualismo que afloja y hasta anula por completo los lazos de la vida social; con animadas frases, trató de la instintiva tendencia del hombre, á los goces de la vida y dijo que cuando se tienen unos buenos pulmones, que permiten saborear, las delicias de un aire ozonizado, en una tarde de Primavera, cuando se tiene un aparato digestivo conformado de modo que hace fáciles las digestiones, cuando se tiene un aparato motor, que resiste un regular ejercicio, cuando se tiene un cerebro, perfectamente organizado para hallar la verdad y gozarse en ella, que entonces se puede